

LOS VERDES AÑOS

NEMESIO ANTUNEZ

5.- La Guardia Vieja y la Guardia Joven

Retaba doña Luisa Zañartu de Antúnez al mozo de la casa por haber dejado embarazada a la niñera. Cantalicio, campesino y ladino, se defendía entre dientes.

—Yo no soy na' buey, pu's patrona.

Nemesio Antúnez ve en este recuerdo una síntesis del pasado. El derecho que sentían los patronos para dirigir la vida de sus sirvientes, y el paternalismo de buen corazón que defendía a la joven niñera de la voracidad masculina, multiplicadora de hijos sin padre.

—¿Qué le pasaba a usted, señor Antúnez, con la estructura social de su niñez? ¿Protestaba?

—No, no protestaba. No hacía nada. Era muy poco rebelde y tenía un padre tremendamente conservador. Me dolía la pobreza, pero guardaba silencio. Me atrajo en mi juventud la experiencia de la Unión Soviética, por ejemplo; estaba de parte del pueblo.

—¿Y ahora?

—Siento que una de las mejores cosas que le han pasado al hombre contemporáneo es el derrumbe de los sistemas totalitarios, incluyendo el comunista. No creo, sin embargo, que un capitalismo voraz y sin alma sea la solución. El hombre encontrará una buena síntesis de los sistemas que ha probado.

A pesar de las diferencias sociales que subsisten —“hay un abismo entre los barrios en Santiago”—, admite que se ha avanzado mucho en la comunicación entre las clases sociales. “Ahora, en una construcción, el arquitecto y los obreros son casi camaradas”, dice el arquitecto-pintor. “Antes la relación era siempre de subordinación, que ahora está desapareciendo rápidamente”.

—También Chile está mejor, porque la cordillera ya no es una muralla. Desapareció gracias al progreso de las comunicaciones. Ultimamente noto una verdadera explosión del ar-

te, que por muchos años estuvo desarrollándose en silencio. La película chilena “La Frontera” es un símbolo de que el arte chileno ha crecido en forma global, ha madurado.

—¿Y cree que la pintura tiene algún destino?

—Tiene todo el destino imaginable. Es cierto que algunos hacen arte conceptual y ya no pintan. Ponen una garrafa en medio de una pieza vacía y sienten que pueden comunicar como si pintaran la garrafa. Es un arte legítimo, como cualquier otro. Pero la pintura no se va a acabar, como tampoco el canto se va a acabar. El cine no mató al teatro, como se anunciaba. Son formas primigenias de expresión humana. Moriremos todos los que estamos hoy en la Tierra y los que vengan van a seguir pintando, cantando y actuando.

—¿Qué debe hacer nuestra pintura?

—Descubrir nuestro paisaje, que no es pintar, necesariamente, la cordillera o el Pacífico. Como lo hizo “La Frontera”, que en el cine dio una lección a todas nuestras artes visuales.

Antúnez siente que el entorno del santiaguino —más allá de los problemas de contaminación del aire y del agua— ha mejorado respecto a la época de su niñez. “Antes sólo recuerdo árboles en la Alameda, en Lyon, en Pedro de Valdivia y en pocas calles más. Ahora estamos llenos de verde en casi todos los barrios, y el San Cristóbal, que era un peladero completo, con enormes caries feísimas, ahora es un hermoso jardín para los santiaguinos”.

—Lo más estimulante de todo lo que advierto hoy es la multiplicación y democratización del conocimiento humano. Los jóvenes de mi tiempo éramos tremendamente ignorantes si nos comparamos con los de hoy. En la medida que el hombre sepa más, debería ser mejor.

Hay, sin embargo, aspectos que en



Los tres hermanos Antúnez Zañartu: Enrique, Jaime y Nemesio en una foto reciente.

vez de mejorar, empeoran, a pesar del conocimiento.

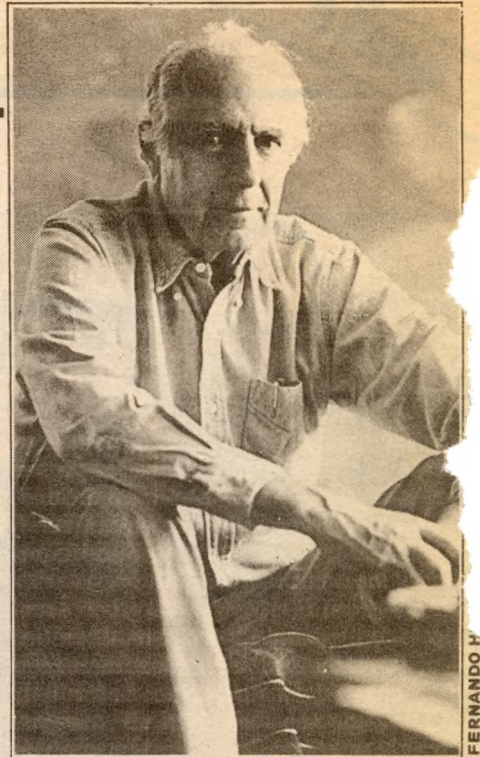
—La gran metrópolis hace casi imposible el contacto humano. Incluso está pasando en Chile, donde se conserva gente de mucho corazón, más que en el resto de los países latinoamericanos. Especialmente en nuestras regiones la calidad humana permanece casi intacta, subsiste una emocionante generosidad de alma, que no es cuento patrioter, como algunos creen.

Antúnez ha pasado doce años en Nueva York y nunca —exactamente nunca— otro artista de ese país lo ha invitado a su casa, aunque haya podido ser muy amable y colaborador. “Aquí en Chile, lo primero que hacemos es darles un poco de nuestro hogar a los extranjeros”, dice.

Después de su largo autoexilio europeo, el aprecio de Antúnez por la generosidad del chileno con los huéspedes le parece algo más concreto aún y admirable.

—¿Hay cosas que cambiaron negativamente?

—Antes los chilenos pertenecíamos a clanes, a familias extendidas. Eso lo valoramos aún, pero disminuye cada día. Yo no sé si eso es bueno o malo. Creo que se trata de otra época, de



“La pintura tiene todo el destino imaginable. Moriremos todos los que estamos hoy en la Tierra y los que vengan van a seguir pintando y cantando y actuando”, reflexiona Nemesio Antúnez.

otra manera de organizar la sociedad por un sinnúmero de factores. Pero al menos la familia chica tiene bastante cohesión. En otros países se hace lo imposible por destruirla, deliberadamente. Los norteamericanos de California, por ejemplo, cuando sus hijos terminan el colegio los envían a universidades distantes, para que se habitúen a ser autosuficientes. Lo mismo hacen en casi todos los Estados. No existe, por lo tanto, la familia apegada, y eso me parece una pérdida.

—Pero los hijos de sus dos matrimonios han vivido bastante lejos de usted...

—Geográficamente lejos. Yo quisiera tener a mis hijos juntos, pero han vivido lejos o cerca, pero muy independientes. Me habría encantado ser un *pater familias* de barba y barriga, pero a los 73 años hago otras cosas. No hago cosas de abuelo. Hago programas de televisión, dirijo un museo y tengo que dar entrevistas como ésta. Y quiero seguir haciendo cosas durante los cinco años más que espero vivir. Sólo me gustaría morir viendo más justicia entre nosotros. Estoy consciente de que en lo social es inevitable la diferencia, pero el abismo se puede evitar. Y en Chile tenemos abismos, aunque no son ni la sombra de los que yo conocí.

La cocina catalana es una de las más prestigiosas de Europa y aquí se presentan algunas de sus especialidades, con los imprescindibles mariscos nacionales. Así, entre varios entremeses, se cuenta el pan tumaca (con tomate) y butifarra (\$ 1.450). Entradas: “xato de Sitges”, atún, lechuga, bacalao y anchoa (\$ 1.450); “empedrat”, judías, anchoas, cebolla, tomate y huevo (\$ 1.450); la clásica “esqueixada”, bacalao con cebolla y aceitunas (\$ 1.450); ensalada de lentejas a la menta y jamón serrano (\$ 2.500); tártaro de lenguado y mayonesa de caviar (\$ 2.950); ostiones en samfaina (\$ 2.550). Pescados y mariscos: lenguado con angulas al pilpil y tallarines



de espinacas (\$ 3.800); lenguado con salsa de romesco (\$ 2.800); “suquet” de pescadores a las almendras (\$ 2.800). Pastas: fideos con ajo, perejil y butifarra (\$ 1.650). Carnes: pato con garbanzos al hinojo (\$ 2.900); conejo al chocolate

(\$ 2.200); lomo de cerdo relleno con butifarra y salsa de jerez y almendras (\$ 2.800); “fideua”, paella de fideos y mariscos del siglo XVII (\$ 2.200); arroz negro con angulas (\$ 2.950). Originales acompañados y postres del carro (\$ 850 y \$ 950). Menú ejecutivo (\$ 2.900). Variedad de vinos (\$ 2.200 a \$ 6.800). Champagne nacional Torres y Valdivieso (\$ 6.500). Abre de lunes a sábado de 13.00 a 16.30 y de 19.30 a 0.45 horas. En febrero cerrará los domingos.

Restaurante Catalá, Av. El Bosque Norte 0179, teléfono 2322870.

Y y Y.

Santa Emilianiana

LA VIÑA DE LOS VARIETALES